

dia; pero algunas veces otras especies han tomado su lugar y muchas aguas han recibido sucesivamente diferentes colonias marítimas.

La obligacion de hacer largas escursiones para obtener una pesca abundante, ocupaba constantemente á los navegantes de las colonias inglesas en hacer pruebas, y debemos citar entre sus marinos mas intrépidos á los de la isla de Nantuchet, situada al sudeste del Massachusett. Educados en medio del tumulto de las olas, y acostumbrados á arrojar-se como aventureros sobre el Océano, estendieron á lo lejos sus pesquerías, y lanzaron las redes y el barpon en todas las aguas que los pescados y cetaceos frecuentaban. Esta industria activa enriqueció á la vez su isla y los países vecinos y allí se encontraban constantemente marineros para las mas penosas expediciones. Entónces las colonias inglesas multiplicaban sus empresas; no temian arrostrar con algunos hombres de tripulacion los mares mas alborotados por las tempestades. Este pabellon, ondeando á lo largo de las costas del Nuevo Mundo, navegaba hácia el cabo Hornos y buscaba los mares australes; pronto debia tambien recorrer el Grande Océano, llegar á sus numerosos archipiélagos y sus rejiones árticas, arribar al dirigirse hácia el oeste, á los puertos de Canton y de Macao, y penetrar hasta las colonias inglesas de las Indias orientales; grande y favorable circulacion comercial, cuyos beneficios debian sucesivamente estenderse á los diversos países del globo. Si deseamos señalar este jénero de engrandecimiento y de mejora no es solo porque concurre al bienestar de un país, sino tambien porque los vínculos del comercio unen á los pueblos, dan un curso mas vasto á la industria, á las artes útiles, á las verdades, y tienden á perfeccionar el linaje humano. Felices las épocas tranquilas en que pueden formarse semejantes relaciones! Ellas merecen un lugar distinguido en la historia de las naciones; porque nos las representan en las mas brillantes faces de sus revoluciones políticas. Muchas

veces ha recordado la historia, de una manera demasiado esclusiva, sus sangrientas guerras y desgracias; ¿no merecen tambien ser presentados como ejemplo para los hombres los cuadros de su marcha social y de sus prosperidades?

Mientras que la Inglaterra y sus colonias de América estendian el dominio de sus pesquerías, los Franceses esplotaban las del golfo de san Lorenzo, continuaban tomando parte en las del gran banco de Terranova. Por el tratado de Utrecht se habia dejado á la Francia la isla de Cabo Breton situada á la entrada del golfo: la pesca del abadejo era abundante en los bancos de sus aguas; las embarcaciones hallaban abrigos seguros y cómodos en los puertos de esta isla, y el de Luisburgo fué el depósito principal de la colonia. Los Franceses que habian abandonado á Terranova se retiraron á Cabo Breton; vinieron algunos refugiados de Acadia: otros establecimientos se formaron ó aumentaron en la isla de san Juan, en el archipiélagos de la Magdalena, en la isla Miscou, situada á la entrada de la bahía de los Calores; y estos diferentes apostaderos, ventajosamente colocados para la pesca del golfo de san Lorenzo, dieron á esta industria una nueva actividad.

La pesca del abadejo no era la única que se hacia en el golfo; la de la ballena era abundante en él hácia el norte, y á lo largo de las costas del Labrador: tambien lo era en la vasta embocadura del rio, y hasta el confluente del Saguenay. Esta pesca es mucho menos penosa aquí que en los mares boreales, y se puede añadir la de las focas y de las morsas que entónces se hacia en las diferentes costas del golfo y de la entrada del rio de san Lorenzo. La utilidad de estas pescas dió mas importancia á la posesion de la isla de Cabo Breton, y la Francia halló en él un punto de descanso habitual en sus comunicaciones con el Canadá.

Los Indios no habian practicado jamás la pesca del abadejo; hubieran tenido de ir á buscar, á algunas leguas de las costas, los bancos ma-

rítimos que frecuenta este pescado y la debilidad de sus piraguas y la tímida infancia de su ciencia de navegar, no se lo hubiera permitido; pero la pesca de la nutria de los canes marinos y de las otras focas les era familiar, y daban á conocer su habilidad en ella. Emboscados en la orilla, los atacaban con sus flechas y venablos, cuando estos anfibios acudian á la superficie de las aguas para respirar, y sobretodo cuando venian á la playa para depositar en ella sus hijuelos. Hacian tambien los Indios la pesca á la entrada de los rios y en las bahías mas estrechas del litoral: encontraban aquí gran variedad de especies, muchas de las cuales solo aparecian en épocas determinadas, y cuya llegada, como la de las aves de paso, se arreglaba segun el órden de las estaciones. La vuelta de estos períodos anuales era mas regular que el curso de la vegetacion y que el desarrollo mas ó menos precoz de las hojas, de las flores y de las frutas. Los salvajes del golfo de san Lorenzo y de Acadia, en los meses de diciembre y enero, cazaban diferentes especies de focas que abundaban en sus playas, osos, liebres, anades, cercetas y avutardas; en febrero y marzo, los cariboles; al principio de abril cojian los pescados que venian á desovar á la entrada de los rios, las menas, luego los arenques, despues el esturion, el salmon, la platija, la jibia y las truchas asalmonadas. El verano, que multiplicaba estas especies nómadas, hacia tambien mas abundante la pesca de los Indios. En el setiembre iban á cazar los gansos silvestres, que entónces volaban hácia el sud para regresar á la primavera; en octubre y noviembre se empezaba la caza de los castores y dantas, que abundaban al norte de la bahía de Fundy, y se cazaban al mismo tiempo los demás antelopes y los numerosos rebaños de búfalos, errantes por los bosques y prados del interior del continente. Los Europeos imitaron luego lo que hacian los salvajes: tuvieron tambien que guiarse, para sus cazas y pescas, por los hábitos conocidos de las especies afectas al suelo y aguas de sus colonias; y como estaban pro-

vistos de armas de mayor alcance, y de instrumentos de pesca mas perfectos, podian cojer presa mas rica. Habian reunido á la pesca del litoral la del alta mar, y los beneficios de una y otra les indemnizaban de las pérdidas que sufría el comercio de peletería, que se habia vuelto mas penoso y menos productivo. Alentada la caza por el aliciente de la ganancia, se habia llegado á destruir de tal modo, que muchas comarcas en que abundaban antes los animales montes, estaban ya despoblados. Los bosques no les ofrecian ya retiros tan profundos; el cultivo habia violado sus dominios; habia derribado una parte de sus bosques; no cesaban de perseguirlos, espantarlos, y los animales tímidos se alejaban de todos los parajes que venian á ocupar los Europeos. El aislamiento conviene á sus hábitos salvajes; su instinto su fuerza se desarrollan libremente en él; y aquellos cuya industria admiramos, como las familias de castores, tienen placer en ocultarnos sus trabajos. Pero se alejan tambien del hombre como de un enemigo mortal. Su número disminuye cada día; algunas razas hasta llegan á desaparecer; y este sistema de hostilidad contra todas las especies, de que pueden alimentarse los pueblos cazadores, ó cuyos despojos buscan, tiene su lugar en la historia de los salvajes, como las guerras y conquistas le tienen en la de los pueblos civilizados.

Todas las colonias europeas no podian hacer el tráfico de la peletería con la misma ventaja: era mas limitado en las provincias donde eran mas numerosos los colonos, y donde la rápida estension de los desmontes habia usurpado los retiros de los salvajes y de los animales. La Nueva Inglaterra, cuyo territorio era estrecho, ofrecia por eso menos ventajas á este comercio que las demás colonias inglesas, cuyos límites occidentales no estaban aun trazados, y que podian hallar en los bosques del interior recursos mas fáciles de ser renovados. Nueva York, la Pensilvania, la Virginia y los estados mas meridionales prolonga-

ban seguidamente sus adquisiciones hacia los montes Alleghans: tampoco miraban estos baluartes como una frontera; los creían comprendidos en las primeras concesiones de tierras que se les habían hecho; y fundando sus títulos en cartas reales que les atribuían la posesión del continente americano, de un mar á otro, aspiraban á hacer valer sus pretensiones de soberanía sobre las tierras á que pudiesen llegar.

Pero si las colonias que se encontraban circunscritas por otras posesiones europeas no tenían la perspectiva de un engrandecimiento ulterior y de los numerosos recursos que de ella podían resultar, estas provincias, animadas de una laudable ambición, pronto se apropiaron un nuevo género de trabajo que debía asegurarles una prosperidad más duradera; y cuando su economía agrícola hubo hecho algunos progresos, se levantaron diferentes ramos de industria, destinados á dar á las producciones de la tierra un valor más crecido. La cuadración y trabajo de las maderas ocupaban á muchas clases de artesanos; tuvieron sierras para cortarlas en tablas; de ellas formaron mástiles, vergas y curvas para construir embarcaciones, y Boston se señaló en este género de fabricación, que también comprendía el de todos los aparejos de una nave. El arte de la navegación exige numerosos auxiliares, y ninguna industria es más propia para desarrollar rápidamente todas las demás. Desde entonces se imprimió una nueva actividad á los trabajos útiles que ejercían una reacción saludable los unos sobre los otros; y el cultivo hizo progresos más marcados, cuando las artes se apoderaron de sus producciones. El cáñamo y el lino habían sido introducidos y aclimatados en la Nueva Inglaterra; eran cultivados con más esmero; se fabricaron cabies, y hubo tejedores de velas; las artes mejoraron y se multiplicaron; y por grados se llegó á tener los hilados más delicados, y los tejidos más lijeros para los usos domésticos. Los árboles frutales y los cereales de Europa, también na-

turalizados en el Nuevo Mundo, empezaban á dar tan abundantes cosechas que escedían los límites del consumo. Lo sobrante que tenía que exportarse fué sometido á muchas operaciones que aumentaron los beneficios de este comercio. La molinenda de los trigos, la peladura de algunas semillas y la conservación de las harinas emplearon un gran número de máquinas y de brazos: hubo lagares para cidra, fábricas de cerveza y destilatorios para extraer de las semillas y frutas de hueso diferentes licores espirituosos. El cultivo de las patatas y el del maíz, ambos indígenas, hicieron prosperar otros ramos de economía rural, y los recursos que ofrecieron para alimento de los animales y aves domésticas hicieron multiplicar las razas y facilitar su cría. La escelencia de los pastos permitía tener numerosos rebaños, y en todas partes se sustituyeron á las especies libres, con las que se estaba en guerra, las que se habían sujetado, familias fieles y preciosas, compañeras inseparables del hombre, y destinadas á seguir á los pueblos civilizados en todas sus conquistas.

Muy á menudo, para acostumbrar á los animales de Europa al nuevo suelo que debían habitar, se trasportaron y sembraron para ellos las semillas de las yerbas, raíces ó frutos de que se alimentaban antes de su destierro: hallaron otra vez campos con los mismos adornos; plantas de igual sabor, y gozaron de toda la fecundidad del suelo nativo. La emigración solo hizo dejenerar algunas razas, y la mayor parte se multiplicaron hasta tal punto, que ofrecieron abundantes viveres, tanto para la provision de los buques, como para los embarques de especies vivas y para salar. Se preparaba de diversos modos la leche de los animales, y esta fué un manantial de nuevo comercio: la calidad y variedad de sus pieles dieron lugar á otras fabricaciones. Se establecieron tenerías para preparar los cueros; la lana de los ganados servía para fábricas de paño toscos; ningún principio de trabajo fué descuidado, y por todos

lados se procuró dar una primera mano de obra á las producciones naturales que eran susceptibles de ella.

En un país tan fecundo no se limitaron á las riquezas esparcidas sobre la superficie, y se trabajaron las minas. Al principio buscaban oro; pero pronto fueron de más precio para un pueblo activo y laborioso el hierro, el cobre y los carbones fósiles: la metalurgia hizo progresos; fueron establecidas fraguas para los instrumentos más comunes, é industriosas colonias probaron de abastecer una parte de sus necesidades con sus propios recursos.

Entre los muchísimos Europeos que venían á buscar en América otra existencia, había hombres que por su talento ó habilidad en las artes, podían propagar sus adelantos. Llevaban á su nueva patria el tributo de sus conocimientos; y como la mayor parte de estos habían sido educados en medio de la civilización, los países que los recibían eran llamados á gozar luego de todas las perfecciones de la industria y del orden social. Así pueden explicarse los rápidos progresos de las colonias inglesas en las diferentes artes convenientes á su situación. Estas colonias no se parecían á sociedades informes que con trabajo bosquejan y en las cuales desde el principio está uno reducido á los elementos más simples de la industria: podían recibir las artes enteramente formadas; ya estaban hechas las primeras pruebas, y un pueblo nuevo se encontraba enriquecido con la experiencia de las naciones antiguas.

En cada lugarejo que acaba de establecerse, pronto se hallan ejercidas las profesiones más necesarias; la necesidad es un poderoso motor, da el impulso y enseña las primeras reglas; todos los ramos de construcción, la albañilería, la carpintería y las herrerías no tardan en encontrar trabajadores. Desde luego, imitadores imperfectos de lo que han visto en una sociedad más adelantada, se hacen á la vez maestros; se desarrolla el genio de las artes útiles; el trabajo se divide, el hombre perfeccio-

na el arte especial á que se dedica; y el recuerdo de los trabajos y progresos industriales de que ha sido testigo en su patria primitiva, viene á estimular sus esfuerzos y le delinean los modelos que puede imitar. Con todo se puede observar en la adopción y el ejercicio de las artes una marcha progresiva, á la cual las colonias inglesas tuvieron el buen instinto de conformarse. Desde luego se dedicaron sus fábricas á las necesidades de la clase de habitantes menos rica y más numerosa. Satisfaciendo de una manera sencilla sus pedidos, se le creaban costumbres de bienestar, se le conducía á estender por grados el círculo de sus gozes; entónces parecían necesarios los productos de un trabajo más refinado, y á la metrópoli tocaba proporcionarlos; enviaba á las colonias todos los artículos fabricados que les faltaban, y el número de los pedidos aumentaba de día en día, porque estaba proporcionado á la riqueza de los habitantes y al aumento de los medios de cambio que podían presentar. Hemos indicado una parte de sus esportaciones, para hacer conocer las principales bases de su comercio, tanto con la metrópoli, como con otros estados. El papel moneda, emitido por sus bancos, y abandonado al curso y á las casualidades del crédito, eran sus medios ordinarios de pago y de circulación.

Esta mezcla y este movimiento progresivo de la economía rural y de la industria manufacturera nos pintan la situación de las colonias de la Nueva Inglaterra, que se habían acostumbrado á seguir con tiempo y con actividad este doble género de trabajo. Imitaban el ejemplo dado por el Massachusetts, el Rhode-Island, el Connecticut, el Maine y el Nuevo Hampshire; y cuanto menos favorable para el cultivo parecía el clima, tanto más se apreciaba la ventaja de suplir la fertilidad de la tierra con la industria de los hombres. Cada país arreglaba sus relaciones de comercio según sus recursos y necesidades.

La colonia de la Nueva Inglaterra tenía la misma clase de produccio-

nes que la Nueva Inglaterra; pero gozaba de un suelo mas fértil y era mas estenso su comercio con las naciones indias; las pesquerías le ocupaban menos, y la construccion de embarcaciones y todas las artes que dependen de ella no daban entónces á los trabajos de sus astilleros una actividad tan grande. El puerto de Nueva York, á donde venian á desembarcar las riquezas de esta gran colonia, era tambien el principal depósito del comercio del Nuevo Jersey, y ambas provincias, que por tanto tiempo habian estado reunidas, conservaban aun la costumbre de sus antiguas relaciones.

Sobre todas las demás colonias inglesas, la Pensilvania tenia la ventaja de vivir en paz con las naciones indijenas. La relijion que llevó su fundador les hacia evitar la guerra; los habitantes habian permanecido fieles á tan humanas máximas; allí hallaron el manantial de una profunda seguridad y de un bienestar siempre progresivo. La feliz situacion de Filadelfia les permitia un comercio estenso, y los habitantes lo desarrollaron aun mas con su industria; pero los del interior del pais se dedicaron especialmente á la agricultura. La sencillez de las costumbres se adoptaba mejor al carácter de los primeros colonos, y sus sucesores heredaron sus inclinaciones.

Era tambien sensible el gusto hácia la agricultura en las colonias mas meridionales; y esta predileccion hacia un mismo jénero de vida dependia de circunstancias locales; provenia de la diferencia de producciones y clima. El Maryland y la Virginia tenian, como ya hemos notado, una planta indijena cuyo cultivo habian constantemente favorecido; el uso del tabaco, rápidamente propagado por los marinos en todos los parajes en que desembarcaban, se habia jeneralizado por todas partes; aseguraba á ambas provincias un ramo de comercio floreciente y se dedicaban á desarrollar en cada colonia el jénero de trabajo que le podia asegurar mayores ventajas y en el que tenian que temer menos concurrencia.

Se pueden contar entre las producciones que pertenecen á las colonias inglesas del mediodía, el arroz, el algodón, el añil y algunos otros productos que conviene indicar para hacer conocer mejor sus recursos. Los primeros granos de arroz que se sembraron en la Carolina fueron llevados á ella por un capitán de navío que llegaba de Madagascar y echó el áncora cerca de Charleston; regaló un saco de arroz al gobernador y le dijo que aquel comestible era mirado en Oriente como un excelente alimento. El gobernador dividió aquel regalo entre algunos agricultores; cada uno de ellos sembró los granos que habia recibido y la cosecha superó sus esperanzas. La introduccion de esta planta fué el principio de una gran prosperidad para la colonia; reconocieron que las tierras mas ricas y mas bajas eran las mas á propósito para su cultivo; y los arrozales de la Carolina fueron colocados en medio de aquellas playas pantanosas que sirven de límite á las orillas del Océano, del que solo las separan algunos meganos. Algunas veces se hallaban espuestos á la invasion de las aguas del mar, que hacia estéril la planta; fué preciso levantar diques para preservarse de esta plaga y fueron necesarios otros para contener las aguas dulces, que solo debian ser introducidas en los arrozales á la época señalada cada año para su riego. El arroz llegó á ser el principal jénero de comercio de la Carolina, así como el azúcar era el de la Jamaica y el tabaco el de la Virginia y del Maryland. Se hacian abundantes esportaciones para los paises del mediodía, donde está mas jeneralizado el uso de este alimento que en los del norte; y desde luego era preciso enviarlo á Inglaterra, desde donde era transportado á las costas de España y de Portugal; pero despues se permitió á los colonos llevarlo directamente á los paises de Europa situados al mediodía del cabo Finisterre, y con esta concesion se fomentó mas el cultivo.

Ocupóse la misma colonia en la composicion de tres especies de añil, el de las Antillas, el de Bahama y el

añil silvestre de la Carolina. Se siembra á fines de marzo; la planta sube á cuatro ó cinco piés y se empieza la cosecha tres meses despues, para continuarla en periodos interrumpidos. Las plantas, que se cortan cuando están en flor, son luego depositadas en un cubo, donde se derrama agua para hacerlas enriar; pronto entra el añil en fermentacion; sube, se calienta, y cuando va á derramarse, se hace colar su agua en otro cubo. Esta agua que se ajita, fermenta tambien; las partes colorantes que tiene en disolucion empiezan á reunirse, y el sedimento se precipita. Cuando el agua ha reposado, se derraman sus partes mas claras en otras vasijas y por fin se espone el sedimento al sol para acelerar su disecacion. Estos procedimientos acarrear poco cansancio y gastos, y solo exigen cuidado. Llegó á ser el añil un ramo importante de comercio para los habitantes; pero descuidaron insensiblemente su cultivo.

El algodón fué siempre una de las principales producciones de la Carolina y de la Jeorjia. La mejor calidad crece en esta cadena de islas arenosas que orilla el litoral marítimo; es particularmente buscada en el comercio; y se atribuye su finura á las ventajas del clima y de la esposicion.

En 1703 intentó Nathaniel Johnson la cria de los gusanos de seda en la Carolina; allí crecen espontaneamente las moreras en los bosques, la temperatura era favorable á esta industria y los pedidos de seda se multiplicaron en Inglaterra; pero no fueron seguidos estos ensayos con constancia.

Aun no se cultivaba la caña de azúcar en las colonias inglesas del continente; pero se habia empezado á obtener esta preciosa substancia de una especie de arce, y la casualidad habia procurado su descubrimiento á fines del siglo diez y siete. Algunos Ingleses que se marcharon de las riberas inferiores del Potomac é iban á visitar las fronteras occidentales de la Virginia, observaron árboles que destilaban por las hende-

duras de su corteza una especie de melaza; el aire y el calor habian cristalizado una parte; lo probaron; encontraron un sabor dulce, y este procedimiento natural les enseñó el modo de extraer el azúcar del arce. Sin embargo no se practicó en grande este trabajo; el azúcar de las Antillas presentaba un recurso mas abundante.

Por medios análogos se saca mucha resina de los abetos de la Carolina y de la mayor parte de las demás colonias. Para obtenerla se hacen hendeduras en la corteza del árbol, á la altura de seis á siete piés, y se les prolonga hasta abajo del tronco, haciéndolos concurrir á un solo punto, en el cual se reciben estos zumos resinosos.

Crece la vid silvestre en todos los bosques; pero el arte del cultivo y el del injerto no han podido aun dulcificar el amargor de su fruto; el y zumo de su racimo, que se fermenta como el de las uvas de Europa, no ha dado hasta ahora un licor tan jeneroso y tan reparador de las fuerzas.

Se cree que las abejas fueron para el Nuevo Mundo un regalo del antiguo, y que sus enjambres pasaron allí con los primeros emigrados europeos. Su trasporte era fácil en la estacion en que se hallan interrumpidos los trabajos de las colmenas, y en que estas familias llegan á ser pezones: primeramente habitaron hácia el litoral, y la flora de América es tan variada que en ella encontraron fáciles recursos; despues fueron á las llanuras y á los bosques del interior para penetrar hasta las montañas, cuyas flores sabrosas y cuyas perfumadas plantas dan una miel mas aromática y mas dulce.

Las insinuaciones que acabamos de presentar sobre diferentes producciones particulares á las colonias inglesas, sobre las que sacaron de Europa y sobre los primeros ramos de industria que fomentaron, nos hacen tambien conocer cuáles fueron los progresos y la direccion de su comercio. Las principales relaciones de cada colonia eran las que mantenian con la metrópoli; consistian

estas en permutas de producciones territoriales con objetos fabricados; y estas relaciones eran mas provechosas para los países que tenían mas industria y donde se habían podido dar á las materias brutas un primer trabajo. Como las colonias inglesas estaban en estado de mantener unas con otras comunicaciones habituales, podían mutuamente subvenir á una parte de sus necesidades; los países del norte recibían de los del mediodía algunas producciones de que carecían; llevaban á ellos diferentes artículos de sus fábricas ó de las de Inglaterra. Esta diferencia de recursos y de industria establecía nuevos vínculos entre las colonias agrícolas y fabriles, y procuraba para ambas partes un aumento de felicidad que daba gran valor al sostenimiento de estas relaciones. La diferencia de latitud y la de los productos territoriales, efectos de ella, bastaban para asegurar aquellas relaciones y para conservarlas: había sido preciso acostumbrarse á las diferentes zonas de temperatura, para fijar, según el influjo de cada una, el género de beneficio que mejor les podía convenir.

Pero estos cambios entre las colonias inglesas del continente no bastaban aun para cubrir todas las necesidades. Los productos de las Antillas les eran precisos, desde que se había hecho general el uso del azúcar y del café; y la Gran Bretaña había autorizado relaciones mutuas entre sus colonias continentales y las del golfo de Méjico. Con esto multiplicaba la esportacion de sus géneros tropicales: el azúcar, el café, el cacao, el rom, y las maderas para los tintes fueron los artículos mas importantes que recibió el continente de este archipiélago.

Las relaciones de comercio que tenían las colonias con otros estados sufrieron variaciones sucesivas, sea por efecto de la guerra y por el embarazo de la navegacion, sea por la inestabilidad de las leyes de la metrópoli que restringieron algunas veces sus comunicaciones; pero las establecidas con los Indios fueron cons-

tantemente favorecidas. Continuábase recibiendo de ellos peleterías y se les suministraban armas, telas gruesas, y todos los utensilios necesarios para principiar la gricultura. Este género de comercio tenía mas estension y variedad con los pueblos que se aproximaban mas á la vida sedentaria; pero todos buscaban con igual anhelo los liciores espirituosos, y el Europeo muchas veces abusó de esta aficion desenfrenada para engañar á los salvajes con trueques usureros. ¡Cuántas veces dieron los productos de una cacería entera, sus mas hermosas peleterías, sus armas, una parte de sus bosques y de su territorio, y hasta su libertad personal, para gozar sin recelo algunos momentos de embriaguez!

Con todo, aunque se abajaban muchas veces á especular con su intemperancia y vicios, no podemos desconocer las diferentes ventajas que les procuraba el contacto de la civilizacion. Es natural en el hombre inclinarse constantemente hácia el estado social. Por mas salvaje que sea su condicion, camina involuntariamente hácia este fin; si se desvia, una fuerza invencible le arrastra. La razon, esa celestial antorcha que resplandece para la humanidad entera, y que ilustra todas sus especies y colores, es una guía para la infancia de las naciones y para su edad mas avanzada: penetra en sus bosques; conduce á ellas hombres civilizados que tienen por obligacion santa hacer á los salvajes participar de los beneficios del orden social, y que, poniendo á su alcance los consejos que les dan, les atraen insensiblemente hácia otro género de vida.

La época histórica de que nos ocupamos en este momento nos ofrece un ejemplo admirable de esta marcha progresiva de la razon humana, y de esta inclinacion espontanea de una nacion salvaje hácia las instituciones de los pueblos civilizados. En 1736 se estableció un Francés en medio de los Cherokees, cuyo territorio se estendia sobre las dobles vertientes de la cadena de los Alleghans, por un lado hácia el nacimiento del Savannah y por el otro hácia el del

Tenesé. Este Francés se metió entre ellos, aprendió su lengua, les dió una forma de gobierno, hizo coronar emperador al anciano mas respetable, fué su ministro, y creó un imperio que duró cinco años. La ruina del fundador acarreó la de una institucion demasiado débil aun y demasiado reciente para perpetuarse sin él. Había abierto relaciones entre los Cherokees y los establecimientos franceses; y al irse á la Mobile con algunos Indios de esta nacion, le detuvieron en Talahasie los Creeks, quienes le entregaron á los habitantes de la Jeorjia; condujéronle á la cárcel de Frederica, donde murió. El tiempo reservaba á los Cherokees otros ensayos de civilizacion, y esta gran tribu merece ser citada en la historia como un vivo testimonio de los progresos intelectuales, de que los aboríjenas nos han parecido susceptibles.

Si, en lugar de ahogar en su origen estas instituciones nacientes, las colonias inglesas hubiesen tenido la voluntad y el cuidado de desarrollarlas, de propagarlas entre otras tribus, y de erijir así en cuerpo de nacion diferentes colonias que se hallaban ya debilitadas por las miserias de la vida salvaje, los Indios á quienes habían tenido cuidado de espatriar y retener en la infancia del estado social, habrían conservado algunos vestijios de la herencia paterna. Pero aunque no osasen escluirlos de la gran clase de la humanidad, parecia que solo los consideraban como unos seres de entendimiento inferior. Estaba acreditada entre la mayor parte de los Europeos una gran prevencion sobre la debilidad de sus facultades físicas y morales; á ella arreglaban su conduca para con los Indios; los tenían bajo tutela y proporcionaban á este estado de abatimiento los débiles medios de instruccion que ponían á su alcance.

Cuanto mas aumentos recibía la poblacion de las colonias, mas pesada hacia su autoridad sobre las tribus indias; estas ya no eran consideradas como naciones independientes; debían someterse al cetro de los Europeos; sus tierras eran tenidas

por lejitimamente adquiridas en virtud del derecho de descubrimiento, y tomaban sus propias actas por títulos de su soberanía. Ofreciendo á los Indios proteccion, se les aceptaba como súbditos; pero al mismo tiempo ya se les rechazaba por aliados: esto hubiera sido reconocer su nacionalidad y los derechos que de ella provenían.

Entre pueblos distinguidos por una desigualdad civil tan grande, donde por un lado se conservan los hábitos de la vida errante y de una sociedad apenas empezada, y por el otro los adelantos de la industria y de las instituciones humanas van siempre en aumento, el equilibrio de las fuerzas se pierde luego, y la superioridad pertenece á la nacion mas culta. Los anteriores dueños del territorio no esperaban ya reconquistar sus dominios; en todas partes estaban á la defensiva, y las comarcas salvajes eran las únicas que les quedaban. Pero la Europa hasta allí les persiguió todavía; toda ella toma parte en esta invasion; se acude de todas las costas occidentales del mundo antiguo, y los emigrados de diferentes países vienen á colocarse bajo el estandarte de uno solo. Aquí se apodera de ellos un nuevo espíritu; y sean los que fueren los lugares de que son naturales todos estos hombres reunidos, luego se unen, con lazos iguales, á los intereses de la patria comun que han adoptado: desarrollan juntos sus hábitos, su industria, su comercio, y se forma para ellos un mismo sistema de bienestar y goces.

Para juzgar de sus opiniones sobre lo que constituye las dulzuras y el consuelo de la vida, observemos qué situacion era la suya en el Nuevo Mundo. El gusto del lujo no había aun hecho conocer todas sus necesidades á una sociedad de costumbres sencillas: no sufrir era su primer objeto; lo superfluo empezaba mas allá, y había menos empeño en conseguirlo. Con todo se llegó á ellos naturalmente, y esta tendencia condujo á muchas mejoras en las artes; resultó de aquí una loable emulacion entre los hombres que las cul-

tivaban, y que tendian, con esfuerzos comunes, á los adelantos de la prosperidad pública.

Los colonos habian tomado en Europa su primera afición á las artes, y notamos en sus producciones mas antiguas de América un carácter de imitación que fácilmente deja conocer su origen. Las poblaciones que llegaban de Inglaterra, de Francia, de Alemania y de Holanda, conservaban las formas de construcción usadas en su país, bien les induciese á ello la fuerza del hábito ó el deseo de volver á hallar alguna imájen de la patria ausente. El aspecto de cada ciudad y de cada aldea naciente recordaba la cuna de sus fundadores; y esta impresión nacional quedó por mucho tiempo afectada á algunas colonias que habian cambiado de dueños. Así la Nueva Bélgica conservaba, despues de haber sido reunida á las posesiones inglesas, el tipo de su antigua metrópoli, y se veian las señales de ello en Nueva York, Albany, Shenectady (véase la lámina 34). La mayor parte de las ciudades son monumentos de la edad antigua, y muchas jeneraciones se suceden en ellas antes de que hayan cambiado los edificios.

Las casas se construian de ladrillo ó de madera; este último jénero de construcción era el mas en uso, principalmente en los lugarejos: la proximidad de los bosques ponía los materiales á la mano, y en todas partes se podian establecer ladrillares y tejares para labrar y cocer la arcilla. Hubo que recurrir á este medio para las primeras habitaciones que se construyeron en el litoral, donde no habia canteras de piedra; y aunque del ladrillo se sacaba menos partido para la hermosura de las formas y pormenor de los adornos, bastó á lo menos para habitaciones sencillas, donde se queria ante todo solidez.

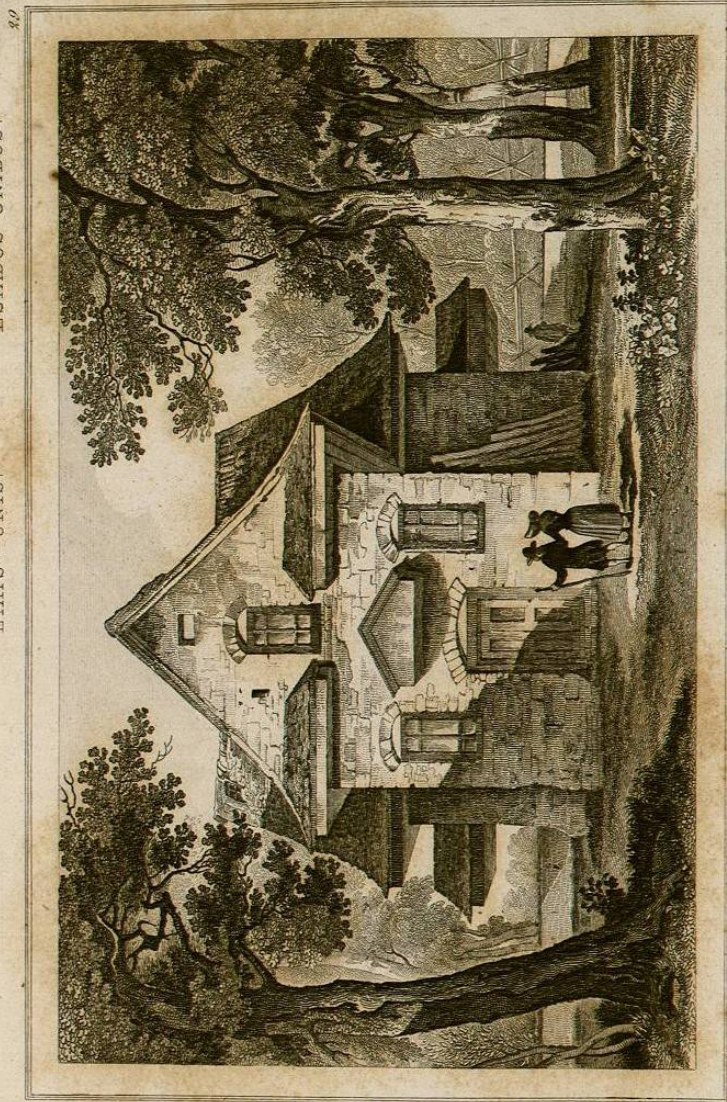
Pero en las ciudades principales de las colonias se empezaba ya á erijir edificios mas suntuosos, y los mas hermosos eran los dedicados al Sér Supremo. Cualesquiera que fuesen las creencias en que estaban divididos los habitantes, se hallaban

todos animados de un espíritu religioso, fortificado aun mas por la persecucion. Al venir á formar lejos de su patria establecimientos peligrosos y penosos, quisieron asegurarse otro apoyo que la fuerza humana, los pusieron bajo la protección de la Divinidad, y el señor de su suerte, el rey que habian escogido ante todos los demás, debió tener sus palacios. ¿Qué proporciones debian guardar estos? demasiado grandes no podian ser: pero si bien tienen límites el arte y el poder del hombre, á lo menos se llegó á cuanto les era permitido elevarse: se tomaron por guias los modelos mas grandes, y en cada ciudad donde el número y la fortuna de los habitantes podian subvenir á los gastos de estos edificios, se les dió el carácter de la magnificencia y mas alta majestad. El primer templo de los cuáqueros en Filadelfia (véase la lámina 29) fué construido muy sencillamente; el de los anabaptistas de Providencia en Rhode-Island fué mas suntuoso (véase la lámina 30), y en seguida se desplegó toda la grandeza del arte en la iglesia episcopal de Richmond en Virginia (véase la lámina 32), y en la catedral de Baltimore (véase la lámina 33), basilica augusta y majestuosa, digno adorno de una gran ciudad. Estos monumentos religiosos, de que nos limitamos á citar algunos modelos, consagraron en América los primeros progresos de la arquitectura: muchas veces la construcción de un edificio religioso ocupó muchas jeneraciones; un mismo celo les escitaba á proseguir y terminar su empresa.

Otros monumentos públicos fueron levantados en las diversas ciudades, y en primera línea debe colocarse el hospital de Penn en Filadelfia (véase la lámina 41): un establecimiento tan hermoso y formado con miras tan caritativas perpetuará por mucho tiempo la memoria de este amigo de los hombres. La universidad de Cambridge cerca de Boston, el colegio de Williamsburgo en Virginia, fueron otros monumentos de beneficencia mas activa y mas

ÉTATS - UNIS.

ESTADOS UNIDOS.



Primer Templo de los Cuáqueros en Filadelfia.

Primer Templo de los Cuáqueros en Filadelfia.